

una manera notable el número de cristianos que con la fé del corazón van dejando atrás las viejas preocupaciones, limitadas ya á un estrecho círculo de fanáticos subyugados por la terrible fuerza que produce el terror engendrado por las costumbres paganas.

Así lo esperábamos. La luz de la razón, iluminando el cerebro del hombre, ha sido la base en que descansando los principios filosóficos ha venido á alumbrar el orden progresivo de nuestras instituciones, dando vida y forma á la sociedad, disponiéndola convenientemente para aceptar el Evangelio de Cristo, tan mal interpretado por el orgullo de los que se creen los únicos poseedores del verdadero espíritu de la religión cristiana; sin embargo, esa luz que ha roto las tinieblas sucediéndose por el trascurso del tiempo, desprendida desde la cumbre del Gólgota y atravesando por la oscuridad de muchos siglos, se presenta ante el augusto tabernáculo de la civilización con el fulgor de sus conquistas como la antorcha santa del cielo. Esto no es una ilusión, lo vemos en todas partes y aun en aquellas en que dominadas las masas por la maléfica influencia que arrojan de sí las prácticas romanas, no se ha podido impedir la marcha de la ilustración.

Las personas que tengan algunos conocimientos sobre la historia se persuadirán que no es una falsedad lo que asentamos.

Los esfuerzos del romanismo por mantener disfrazados con el ropaje de la verdad sus grandes errores, exceden á toda consideración, y á su pesar, pierde terreno, y no vacilamos en decir que obrando así nos ayuda á ponerlo en evidencia.

¿Qué es lo mas claro de esta cuestión? Que nada ha conseguido que merezca la aprobación unánime de todas las gentes sensatas. Su modo de hacer adeptos, el sistema de conservarlos y la conducta que observa con los que rechazan sus absurdos, son otras causas que lo desconceptúan y manifiestan claramente sus tendencias, cuyos resultados nos llenan de males.

Muchos se han convencido de que así es, y reconociendo que debían abandonar esta senda, se agrupan hoy en torno del árbol del cristianismo.

No podemos ménos que decirlo; el Evangelio progresa y sus pasos son ya muy sensibles entre nosotros.

No hace muchos días que en la capital del país, no obstante de todo lo que hace en contra el fanatismo, se ha inaugurado una sociedad cristiana de señoras.

¿Qué quiere decir esto? ¿Dónde está ya la ponzoña que se infiltraba con la mano del criminal en el tierno y sencillo corazón de la madre, de la esposa y de la hija? Es forzoso confesarlo. El razonamiento y el buen juicio han hecho que se aleje ese dominio que los genizaros del capitolio han introducido y pretenden introducir aún en el fondo de las conciencias.

Pero nuevas generaciones, levantándose insensiblemente, impulsarán como lo vemos esa lucha grandiosa en que tiene que sucumbir toda falsedad que quiera establecer su trono en el corazón de nuestros hermanos.

Sin ir muy lejos, veamos á la iglesia romana trayendo con la cadena al cuello á las víctimas que va á sacrificar en las aras de su ambición, y por otra parte, contemplemos á los que con el amor al trabajo, viviendo según esta ordenanza de Dios, impuesta al hombre desde el principio del mundo, y con el ejercicio de su libertad, don celeste que Jehová otorga á los seres racionales, y por el cual ha verificado en la tierra grandes maravillas como para enseñarnos á vivir verdaderamente libres, no consienten que pese sobre sus cabezas la tiranía romana, envuelta en el manto de la piedad para dominar vilmente á los incautos. Por esto es que los primeros, llevados al sacrificio se inmolan injustamente, porque presas de sus consejas, creen erróneamente, que encerrándose dentro de los muros de un recinto lúgubre, ó una cárcel eclesiástica y que con las maceraciones y los ayunos, pueden ya ir mas veloces que en ferrocarril á su gloria celestial; mientras que los otros, siguiendo los verdaderos preceptos de Cristo para cuya observancia no se necesita la peor de las crueldades, esto es, la crueldad con nosotros mismos, descuidándose de todas esas farsas no insultan á Dios, pues son verdaderamente homenajes de barbaridad.

Todo lo dicho nos hace creer que la iglesia cristiana prevalece, porque con ella ha prometido estar su Fundador hasta la consumación de los siglos.

Si esto no es progreso del Evangelio, no sabemos cómo llamar á ese movimiento de nuestra positiva y verdadera regeneración que estamos observando en nuestra patria, y que se presenta como debe presentarse, con los títulos de la verdadera religión.